

Jesús, "la plenitud de los tiempos." El Imperio, el Paganismo, la Filosofía, el Judaísmo oficial, todas las fuerzas humanas han cumplido su evolución. El mundo se muere, avasallado por la política moderna, degradado y desesperado por las falsas religiones, pidiendo vanamente á los filósofos el secreto de la vida y de la virtud. El mismo Judaísmo agoniza, infiel á su destino.

Jamás hubo momento más crítico. Pero Dios vela, y en su pueblo elegido los humildes oran, ellos esperan.

Fuera del Judaísmo, una vaga esperanza atestiguada por los poetas, los historiadores, los libros sibilinos, palpita y tiene al mundo en suspenso: es el presentimiento que anuncia todos los grandes acontecimientos de la historia.

Jesús va á nacer.



CAPITULO II.

LOS ORÍGENES DE JESÚS.—SU CONCEPCIÓN.

El origen de Jesús no es semejante al nuestro.

El no ha nacido como nosotros "de la mezcla de las sangres, ni de un instinto carnal, ni de una voluntad de hombre;"¹ trayendo á la humanidad el secreto y el poder de renacer en el Espíritu, él ha nacido de la mujer y del Espíritu de Dios.

El Espíritu de Dios es la fuerza soberana. El ordena la evolución general y preside al movimiento ordenado, progresivo del universo. Ahora, como él ha intervenido en el caos y la materia para producir el sér que siente, en la animalidad para producir al sér que piensa, él va á intervenir en el sér que piensa para que "la Tierra dé su fruto"² y que la humanidad vea "germinar al Salvador, al Santo, al Hijo de Dios."³

El resultado de la intervención divina no era más que una criatura; esta vez, el resultado está á la altura del infinito.

¹ Juan, 1-73.

² Salmo LXVI.

³ Lúcas, 1, 35.

Dios se unió personalmente á su obra; y como él había encarnado la vida en la materia, la sensación en la vida, el pensamiento en la sensación, él mismo se encarna hoy en la humanidad. Los reinos se sobreponen y se cubren: el reino de la vida se une al reino de la materia; el reino animal al reino de la vida; el reino humano al reino de la animalidad; ahora, el Reino de Dios, y de los hijos de Dios en la humanidad.

Todos esos Génesis sucesivos constituyen en su conjunto el drama grandioso de esta tierra, todos ellos son misteriosos; cuanto más perfecto es el sér creado, tanto más profundo es el misterio.

La vida es más oculta que la materia, el animal más enigmático que la vida orgánica, el hombre más insondable que el animal, Jesús más impenetrable que todo. El que trata de escudriñar los órganos puede comprender las condiciones materiales en las que los seres se producen, la causa primitiva esca- pa á sus experiencias. ¿De dónde viene la materia? ¿De dónde la vida? ¿De dónde el sér que siente? ¿De dónde el sér que piensa? ¿De dónde viene el genio? ¿De dónde viene Cristo?

La ciencia que se detiene en los fenómenos responde: Lo ignoro. La razón, que percibe las causas, dice: Del Espíritu de Dios.

¿Bajo qué forma sensible é histórica la acción del Espíritu se ha manifestado en el género de Jesús? Es preciso preguntarlo á los documentos evangélicos, los únicos de la antigüedad que nos informan con detalles respecto á este acontecimiento oculto, casi inapercibido, y que debe por tanto cambiar la faz del mundo.

La primera escena pasa en un país oscuro de Galilea. Su nombre hasta entonces desconocido, es Nazareth. El significa flor y renuevo. Viniendo de Jerusalem, se descubren, desde las últimas cimas de la Samaria, la pequeña ciudad, á lo lejos,

1 Respecto al valor de esos documentos, véase la introducción.

como un punto blanco, sobre las alturas escarpadas que dominan el valle de Jisreel. Sus casas plomizas, cuadradas, de techos planos, se escalonan sobre la vertiente oriental de dos colinas separadas por un barranco que dibuja la calle ascendente de Nazareth. Ahí están las piscinas de ablución, los talleres, las tiendas, el mercado, la sinagoga. Al Este de la ciudad, se abre un valle donde brotó el manantial que hoy se llama la fuente de María.

El barranco y el valle se juntan más allá de las últimas habitaciones, en un pequeño llano que forma el fondo verdoso de la taza dentro de la cual está sentada Nazareth. Cubierto de césped en la primavera, este llano se seca en estío, y se convierte en la era en la que los Nazarenos trillan con las patas de los bueyes el trigo y la cebada, y aechan su grano con el viento de la noche.

Olivos é higueras, nopales de anchas hojas siempre verdes, almendros y limoneros, sembrados de cipreses negruzcos, justifican el nombre de la pequeña ciudad fértil y florida.

Las callecillas que conducen al manantial, se animan en la mañana y en la tarde por el ir y venir de las jóvenes y de las mujeres. Ellas caminan á pasos lentos, silenciosas y graves, con el cántaro sobre la cabeza, la mano levantada para sostenerlo, el velo arrojado hacia atrás y flotante: diríase que eran estatuas griegas en movimiento.

En los días de fiesta y el sábado, los senderos de los campos se llenan. Grupos de hombres y de mujeres, separados, se ven en la pendiente de las colinas, bajo los olivos, cerca de las tumbas. Se charla sin cesar, sentados en el suelo; los hombres revestidos de sus mantos, las mujeres con túnicas abigarradas, ceñida la frente con una venda, y cubiertas como de un sudario con sus grandes chales de lino blanco.

Este lugar está lleno de dulzura y de silencio; punto de apresto en esas colinas cuyas líneas ondulan, sin romperse. La cordillera de Djebel-es-Sikh se une en círculo y limita el horizonte. Ningún ruido turba esta soledad cerrada de donde la

mirada y el pensamiento por sí mismos suben hacia el cielo.

Ahí, en una de esas casas tranquilas, es en donde vive desconocida la joven que va á recibir la más elevada revelación de Dios.

Las esperanzas de la nación judía van á dar su fruto. Dios no ha visto á los grandes, á los jefes religiosos, á los doctores, á los sabios, ni á los ricos. El ha escogido entre la multitud á una humilde criatura. El se guarda como una reserva, en el corazón del pueblo, de las almas que tienen todo el genio, y se complace en sacar de sus rangos á los escogidos que deben salvarle.

La joven se llama María.

Aun no tiene diez y seis años.

La tradición le da por padre á Joaquín y por madre á Ana.

Se cree que su padre había muerto cuando ella era niña. Ella es de descendencia real y de la sangre de David.¹ Ella ha sido educada en el Templo. Cosa extraña, en un pueblo en donde todas las mujeres podían ambicionar ser la madre del Mesías, en una raza para quien, por causa de esto, la esterilidad es un oprobio, ella, obedeciendo á una inspiración divina, se consagra á Dios en la virginidad. Sin embargo, siguiendo a ley y la costumbre judías, siendo heredera única, ella ha sido desposada y prometida hace poco á un hombre llamado José, de su propia tribu y de su familia, á su más próximo pariente quien deberá recoger su herencia.² La ceremonia de la entrada en la casa de su marido aun no se ha celebrado. Ella vive con su madre, preparando su ajuar de boda, como todas las jóvenes casadas de su país.³

Ahora bien, un día, ella vió aparecer, bajo forma humana, y entrar á su casa á Gabriel, el ángel de Dios.

El ángel la dijo:—Salve, llena de gracia. El Señor es contigo Bendita eres entre las mujeres.

¹ Véase el apéndice C: *Las dos Genealogías de Jesús.*

² Véase el Apéndice C: *Ibid.*

³ Véase el Apéndice B: *El Matrimonio entre los Hebreos.*

Las desposadas judías viven retiradas y ocultas con sus compañeros lejos de las miradas de los hombres.

Así, á la vista del ángel, y escuchando sus palabras, María se turbó. Ella buscaba lo que podía ser semejante saludo.—No temas, María, la dijo el ángel, tú has hallado gracia ante Dios. He aquí: Concebirás y parirás á un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. El será grande. Se le llamará Hijo de Dios. El Señor Dios le dará el trono de David, su padre; él reinará en la casa de Jacob para siempre; su reino no tendrá fin.¹

La Virgen entonces comprendió que se trataba del Salvador esperado, de Aquel que levantaría por la eternidad el trono derribado de David, que será la gloria de Israel, la esperanza de las naciones, el orgullo de su madre. ¿Cómo había ella sido llamada para este papel divino, ella que había resuelto no ser madre por hombre alguno?

En su sorpresa, ella preguntó sencillamente:

—¿De qué manera se cumplirá esto? Yo no conozco varón.*

El ángel respondió:

—El Espíritu Santo vendrá sobre tí, y la potestad del Altísimo te cubrirá con su sombra; y esta es la razón por la que el que será engendrado será llamado Hijo de Dios.

Y el ángel le dió una señal:—Isabel, tu parienta, también ella ha concebido á un hijo en su vejez, y hoy es el sexto mes de la que se llamó estéril.

Nada es imposible á Dios.

Entonces, María exclamó:

—He aquí á la esclava del Señor, que se haga en mí según tu palabra.

El ángel se alejó.²

Tal es el Génesis de Jesús.

El no está unido á la humanidad sino por su madre. Aquel que viene á inaugurar la raza nueva del Hijo de Dios, escapa

¹ Luc., I, 29-33.

² Luc., I, 34.

³ Luc., I, 35-38.

al torrente de generaciones terrestres: no es el hombre quien le engendra, es el Espíritu quien le evoca de las castas entrañas de la Virgen.

Así, una de las más grandes, de las más prodigiosas palabras que han salido de la boca de los videntes, en Israel, una de las más misteriosas, ya se cumplió: "Una virgen concebirá y parirá un hijo, y se le llamará con el nombre de Emmanuel, que significa Dios con nosotros."¹

Cerca de un siglo más tarde, un anciano, un apóstol, aquel que ha estado más profundamente iniciado en los secretos del alma de su Maestro.—San Juan, dará la interpretación de este hecho; él se servirá del lenguaje mismo de Platon, y en una página que sobrepaja todo lo que la filosofía griega ha dicho sobre Dios de más sublime, él enseñará que Jesús "el Verbo se hizo carne, y ha habitado entre nosotros."²

La más elevada aspiración de la humanidad ha hallado en el Hijo del Hombre una realización que le excede. Dios se ha hecho hombre; y la naturaleza humana, en Cristo, se ha hecho la naturaleza de un Dios. Este sér será el centro de todo el movimiento religioso. Cualquiera que desee elevarse hasta Dios, llegará á unirse á El. El es la piedra³ erigida en medio de los tiempos. Los que choquen contra ella serán hechos pedazos; los que se apoyen sobre ella no serán quebrantados, ellos formarán poco á poco el edificio, la ciudad, el Reino de Dios, fin supremo de toda la creación y en espera de ella todo languidece, sufre y gime.

Quando el Espíritu de Dios obró en ciertas almas elegidas para cumplir una misma obra, él impele á las unas sobre las otras, y las aproxima por un movimiento irresistible. Al día siguiente del día en que María fué llamada á ser la madre de Jesús, ella se dirigió con toda diligencia á otra mujer, su pa-

¹ Isaías, VII, 14.

² Juan, I, 14.

³ Rom., IX, 32.

riente, escogida para ser, á pesar de su edad y esterilidad, la madre de Juan Bautista.

Isabel vivía con el sacerdote Zacarías, en las montañas de Judá, pequeño país, como se les halla frecuentemente en Palestina.¹

La aldea llamada Karem, hoy Ain-Karim,² está sentada sobre un montículo que domina y encierra un circo de colinas. Los viñedos entremezclados de olivos y de higueras abundan; el manantial que brotó cerca de la aldea le ha dado su nombre. Sobre la línea uniforme del horizonte, algunas torres de guardia, castillos, raros ramilletes de terebintos y de madroños de follaje brillante.

El encuentro de esas dos mujeres, extensamente referido por San Lucas, pone en plena luz todo lo que agitaba divinamente á ese pequeño círculo íntimo en donde comenzaban á realizarse las grandes esperanzas de Israel y en donde Dios preparaba, sin que el mundo lo supiera, la salvación de la humanidad.

Los que están llenos del mismo sentimiento se adivinan, sin cambiarse una sola palabra. Al verse, desde la primera palabra, las dos madres se comprendieron.

Al saludo de María, Isabel sintió á su hijo estremecerse en sus entrañas, y bajo el peso de una inspiración divina:—Bendita eres, exclamó, entre las mujeres; y bendito el fruto de tu vientre. ¿Cómo es que la madre de mi Dios venga á mí? Si; á tu voz, el hijo que llevo en mis entrañas ha dado saltos de alegría. Cuán dichosa eres, tú que has creído! Lo que el Señor te ha dicho se cumplirá!³

Entonces fué cuando María reveló á Isabel el misterio de su vocación y de su maternidad.

—"Mi alma," dijo ella, "glorifica al Señor:

¹ Véase el Apéndice D: *El lugar del nacimiento de Juan Bautista.*

² Manantial de viñedos en hebreo.

³ Luc., I, 41-45.

"Y mi espíritu se estremece de alegría, en Dios mi Salvador.

"Porque ha visto la humildad de su sierva, he aquí que todos los siglos me llamarán dichosa.

"En mí ha hecho grandes cosas el Todopoderoso; y su nombre es santo.

"Y su misericordia de generación en generación, está sobre los que le temen.

"El ha obrado con el poder de su brazo y humillado á los que se exaltan en el pensamiento de sus corazones.

"El ha depuesto á los fuertes de sus tronos y exaltado á los pequeños.

"El ha llenado de bienes á los que tenían hambre y dejado sin nada á los ricos.

"El ha venido en auxilio de Israel, su servidor, acordándose de su misericordia.

"Como lo había prometido á nuestros padres, á Abraham y á toda su descendencia."

La poesía es el lenguaje de las impresiones vehementes y de las ideas sublimes. Entre los Judíos, como entre todos los pueblos de Oriente, ella está llena de inspiración. Toda alma es poeta, la alegría ó el dolor la hace cantar."

Si alguna vez un corazón ha debido estallar en algún himno inspirado, es sin duda alguna el de la joven escogida de Dios para ser la madre del Mesías.

Ella copia de la historia bíblica de las mujeres, quienes antes de ella, se han regocijado en su maternidad, como Lia³ y la madre de Samuel, las expresiones que ella engranace y transfigura. Los himnos nacionales que celebran la gloria de su pueblo, la misericordia, la potestad, la sabiduría y la fidelidad de Dios, llegan á sus labios acostumbrados á cantarles.

¹ Luc., I, 46, 55.

² Entre la poesía y la prosa, entre los Judíos, toda la diferencia está en el paralelismo rimado que pone en oposición dos ideas contrarias, ó que equipara dos ideas armónicas.

³ Gen., XXX, 10-13.

⁴ I Reyes, II, 1-8.

¿Qué criatura jamás tuvo conciencia de un destino más elevado y permaneció, en su grandeza, más humilde y más obscurificada? El hombre se exalta en sí mismo, se prevale frecuentemente contra Dios, por su fuerza y su genio; la sierva de Dios no se prevale sino por su bajeza y no se enorgullece más que en Dios. Ella profetiza su gloria futura, ella escucha ya la inmensa aclamación que la saludará á través de los siglos; mas ella no ve en ello mas que el triunfo de Aquel que ha hecho en ella grandes cosas.

No es de esta manera como habla una sencilla mujer, una hija de Eva: Ese cántico inspirado excede á todos los horizontes terrestres, y cierra el cielo de los tiempos antiguos; esto no es la esperanza que apela á Dios, es la fe triunfante quien le ve y le posée; es el himno de los nuevos tiempos, y la más espléndida aclamación de alegría que ha salido de pecho humano.

La residencia de María en Karem, en la casa de Zacarías, se prolongó por más de tres meses. Fué una larga oración, una confidencia no interrumpida, una adoración de los designios de Dios y la espera religiosa de su ejecución. Los sentimientos que revela el gran himno de la Virgen eran muy profundos para no ser exclusivos; ella vivía como aquellos á quienes el amor absorbe, pero á diferencia del amor humano que se concentra y se aísla, el amor divino se exhibe y nutre á los demás; María hacía reinar á Dios en la familia que le daba la hospitalidad, en el alma de Zacarías, de Isabel y del hijo que iba á venir.

En el día esperado, Isabel dió al mundo un hijo, según la promesa que Zacarías había recibido, cuando de mañana, en el templo de Jerusalem, en el momento de ofrecer el incienso, él descubrió á la derecha del altar de los perfumes, al ángel de Dios, y supo por él el elevado y religioso destino de este hijo.

Este nacimiento hizo gran ruido en las aldeas vecinas y en

¹ Luc., I, 1-23.

el parentesco de Zacarías. La edad avanzada de Isabel era conocida; este nacimiento que sobrepujaba á las fuerzas humanas, probaba que el dedo de Dios estaba ahí. Por todas partes se felicitaba á la madre.

El octavo día, era preciso circuncidar al niño: esto motivó incidentes nuevos y extraordinarios. Los padres y los amigos querían, conforme á la costumbre, dar al primogénito el nombre de su padre Zacarías.—Jamás, exclamó la madre. Este era entre los Judíos un privilegio reservado á la mujer, poner nombre á su hijo. ¿Quién mejor que ella le conocía? ¿Quién lo advina mejor? Si el nombre debe caracterizar al que le lleva, el talento maternal sabrá siempre hallar el más expresivo. Sabiendo bien que ella debía ese hijo á Dios, Isabel, no escuchando más que á su corazón y á su fe, quiso que el nombre del niño expresase la gracia otorgada á la madre.—Se llamará Juan, dijo ella. Se objetaba la costumbre.—Pero nadie en tu familia ha llevado ese nombre.—Se hicieron señas al padre para saber su voluntad.—Zacarías, había quedado mudo desde que tuvo la visión en el Templo, pidió las tabletas y escribió: El se llamará Juan.

En ese mismo instante recobró la palabra y se puso á alabar á Dios. Todo el vecindario se conmovió. Se comentaba lo que había pasado en la casa del anciano sacerdote, y por todas las montañas de Judea en donde se había esparcido el ruido de esos acontecimientos, se maravillaban. Las esperanzas mesiánicas estaban vivas entonces en el pueblo, se esperaba al gran Enviado.

¿El hijo de Zacarías no sería ese enviado ó algún profeta? Se pronosticaba su porvenir; se le abordaba preguntándose:—¿Qué será este niño? La mano de Dios está con él, se decía, según la fórmula cara de los Hebreos.¹

¹ Entre los antiguos Hebreos, la madre daba el nombre al hijo, al darle á luz. Gen., XXIX, 32; XXXV, 18; I Reyes, I, 20.

² Johana, don de Dios.

³ Luc., I, 66.

Mientras que esos rumores confusos corrían de aldea en aldea, la obra de Dios continuaba en derredor de la cuna de Juan. Su padre se llenó del antiguo espíritu de los profetas: él entreveía el misterio del que María de Nazareth llevaba en sus entrañas el secreto infalible; él tiene la conciencia precisa de la vocación de su hijo, él comprende todo lo que Dios había anunciado por boca de los santos y de los profetas, desde la eternidad, se cumplía en fin, é inspirado por el Espíritu, él lo canta en una profecía sublime:

“Bendito sea el Señor, Dios de Israel!

“El ha visitado y rescatado á su pueblo,

“El ha hecho erigir para nosotros al Salvador poderoso en la casa de David, su servidor,

“El nos libra de nuestros enemigos y de la mano de los que nos odian,

“El ha sido misericordioso con nuestros padres, y se ha acordado de su alianza santa,

“De la promesa que él había jurado á Abraham, nuestro padre, de darse á nosotros,

“A fin de que sin temor, libres de nuestros enemigos, le sirvamos,

“En la santidad y la justicia, ante él, todos los días de nuestra vida.”

Y, mirando á su hijo, exclamó:

“Y tú, hijo mío, serás profeta del Altísimo.

“Tú marcharás ante la faz del Señor, preparando sus caminos.

“Tú darás á su pueblo la ciencia de la salvación y de la remisión de sus pecados.

“Por las entrañas de la misericordia de nuestro Dios en las que nos ha visitado Aquel que se levanta de las alturas.

“Para iluminar á aquellos que están sentados en las tinieblas y en las sombras de la muerte, para dirigir nuestros pasos en la vía de la paz.”¹

¹ Luc., I, 67-79.

La ciencia de los fariseos de la escuela de Hillel ó de Schammai, la piedad del todo ritual del sacerdocio, no conocían semejante lenguaje. Un espíritu nuevo conmueve á la humanidad.

Aun antes de nacer, apenas concebido, y desde el seno de su madre, ya reina Jesús; él santifica é inspira, santifica á Juan en las entrañas de Isabel, é inspira á Zacarías los acentos que recuerdan é igualan á los antiguos profetas. Ese anciano sacerdote transfigurado por él es tan grande como ellos.

No basta realzar los hechos materiales y palpables, es preciso señalar aun los hechos psicológicos, los sentimientos, las ideas, las inspiraciones; el interés de la historia está en esos resortes ocultos que imprimen el movimiento y que gobiernan á la realidad. Nada, aquí abajo, se ha cumplido visiblemente que no haya tenido en el alma y en Dios su causa invisible.

Ese pequeño rincón silencioso de las montañas de Judea, en donde María, Isabel y el sacerdote Zacarías se hallan reunidos, es como un cenáculo, una Iglesia. El Cristianismo ya está ahí todo entero. Dios está presente, aunque invisible. El engrandece á esas dos madres, él llena sus conciencias con su palabra y con su fuego. Esas criaturas, sin recurso humano, desnudas de todo lo que puede mover al mundo, bajo un punto de vista terrestre, son los agentes de la fuerza naciente que va á invadirle, á derribarle, á transformarle. Ellas anuncian que el ideal entrevisto de lejos por los profetas está en vísperas de cumplirse; las esperanzas nacionales hallan en ellas un foco ardiente y puro; la gran obra de Dios, todo ese plan de inefable misericordia, que tiene por objeto la salvación de Israel y de la humanidad, por condición la abnegación y el obscurecimiento del hombre, está concebido para ellas con una claridad absoluta y ellas le publican.

En el origen del Cristianismo, antes del triunfo resplandeciente del Espíritu de Jesús, se podía quizá desdeñar á esos seres oscuros y sus cantos proféticos; pero ante la obra adulta y siempre victoriosa, se debe reconocer en ellos un espiri-

tu superior al hombre; son éstos, seres de primera magnitud, Dios sólo puede producirlos, la misma fantasía de los poetas no puede soñarlos.

¿María asistió al nacimiento de Juan y á las fiestas de su circuncisión? Los documentos evangélicos insinúan más bien lo contrario. No es sino después de haber mencionado su vuelta á Nazareth cuando San Lucas refiere el curso de los acontecimientos de la que fué el teatro la casa de Zacarías, y en los cuales, por lo demás, nada hace traición ó no deja sospechar su presencia.¹

La Virgen no estaba más que desposada; la ceremonia de la recepción en la habitación de su marido aun no se había celebrado, el término fijado para esta fiesta de familia debía aproximarse; ella volvió á Nazareth.

Después de los días tranquilos de Ain-Karim, la esperaba una prueba.

Los signos de su maternidad se hacían visibles. ¿Cómo Dios salvaría el honor de su virginidad ante los hombres y ante los ojos del esposo á quien estaba prometida? Este pensamiento debió de atravesar el alma de María; pero lo que hubiera sido una angustia para una naturaleza vulgar, preocupada de sí misma, no podía turbar la serenidad de la que había dicho: "Yo soy la esclava del Señor; que se haga en mí según su palabra."

Todos los que se sienten, de alguna manera, los instrumentos de Dios, se entregan á él en la plenitud de la fe; él sabrá separar ó destruir los obstáculos. María, dijo Bossuet, en su gran lenguaje, abandonó todo á Dios y ella permaneció en la paz.

Ahora, he aquí lo que pasó en Nazareth:

José que no había sido iniciado en el misterio del que María, por reserva y humildad, guardaba el secreto, se apercibió de su estado. Las apariencias dejaban creer en la infidelidad de su esposa, y el respeto de su virtud le prohibía toda sospe-

¹ Luc., I, 56.

cha. No pudiendo adivinar los designios impenetrables de Dios, él vaciló. En su justicia humana, él se resolvió á un partido que parecía salvarlo todo: en vez de denunciar á su esposa públicamente como adúltera, él la repudió sin ruido.

Los pensamientos del hombre el más moderado y el más sabio están lejos de la verdad y de la justicia de Dios. Si la resolución de José hubiera sido cumplida, ella salvaba su conciencia, pero perdía el honor de la madre y el del niño.

Cuando el hombre ha hecho todo para conocer su deber, él puede separarse todavía; pero él merece que Dios le asista y Dios interviene para salvarle. José fué iluminado con la luz divina y asociado directamente á la obra que se cumplía cerca de él y que él no sospechaba.

En medio de sus dudas, de sus angustias, en el momento en que él iba á cumplir lo que él creía ser la justicia, tuvo en la noche un sueño.

El Angel de Dios se le apareció y le dijo:

—José, hijo de David, no temas recibir en tu casa á María, tu mujer. Lo que ha nacido de ella es del Espíritu Santo. Ella dará á luz á un hijo, y tú le llamarás con el nombre de Jesús,¹ porque el salvará á su pueblo de sus pecados.²

Las luces de Dios, cualesquiera que sea el camino que ellas tomen para penetrar en la conciencia,—que ellos vengan por visiones exteriores ó por sueños, en la vigilia ó en el sueño, por inspiraciones súbitas y directas, de voces interiores ó de voces exteriores, por las de la naturaleza ó del hombre,—las luces de Dios alumbran hasta el fondo. El espíritu sabe, la voluntad se resuelve, y el hombre obra.

José despertó, se levantó, y sin vacilar, obedeció á la palabra de Dios que mandaba á su conciencia.

La recepción de María en la casa de su esposo fué celebrada sin retardo, conforme á la ley de Moisés, y según las cos-

¹ Jeschouah, Jehovah.—Salvador.

² Mateo I, 20, 27.

tumbres judías y galileas.¹ Hubo los siete días de fiesta, los corderos inmolados, el cortejo de las jóvenes con las lámparas encendidas y las ramas de mirto.

El tipo de la Virgen está formado de pureza y de gracia, de humildad y de majestad: él ha inspirado á los más grandes artistas y desafiado su talento, la piedad de los cristianos le contempla, y la humilde Nazarena se cierne sobre este mundo, como la encarnación de la mujer ideal.

Este matrimonio no tuvo nada, si no es la perfección de los dos esposos, que le distinguiese de los demás. Con excepción de José y de María, no se sabía que, en los designios de Dios, él tenía por objeto el preparar la cuna del Mesías, y de dar al Mesías y á su Madre el apoyo de un hombre que sería, según la ley, el marido de la una y el padre del otro.

Los esposos, reunidos, vivieron como hermano y hermana, según la palabra discreta, pero formal del Evangelio, "y él no la conoció."²

José comprendió el papel que le estaba reservado en el génesis de Jesús; él se sintió el guardián de dos debilidades sagradas: la virginidad de su mujer y la infancia de Aquel que iba á nacer de ella.

Honrada y dulce figura, ese sencillo obrero tendrá la gloria de pasar entre los Judíos por el padre del Nazareno; él permanecerá como el modelo de la abnegación, de la adhesión y de la fidelidad. Su nombre se agregará á los dos nombres más amados de esta tierra, el nombre de María y el nombre de Jesús. La Iglesia cristiana no les separará en su culto; en medio de sus pruebas, á través de las edades, abrumada por su debilidad humana,—herencia de las enfermedades de Cristo, del que Dios la deja el peso,—ella levantará los ojos hacia ese predestinado, y ella le llamará su protector invisible.

Los días se suceden; la espera era grande en Nazareth, en

¹ Véase el Apéndice B: *El Matrimonio entre los Hebreos.*

² Mateo. I, 25.

la casa de José, el carpintero. La sobriedad de los Evangelios no nos da el menor detalle; pero los que conocen el corazón de las madres, sospechan las emociones divinas de la Virgen, en la víspera de dar á luz á Cristo. Las madres terrestres se agitan en la onda de sus sueños, interrogando con ansiedad al porvenir misterioso. La madre de Jesús tenía esperanzas infinitas de las que nada podía disminuir la plenitud ni turbar la serenidad.



CAPITULO III.

LOS ORÍGENES DE JESÚS: DESDE SU NACIMIENTO HASTA
LA VUELTA DE EGIPTO.

Un hecho nuevo en la historia de la Judea, hacia el año 747-749 de Roma, puso en movimiento á toda la población del pequeño reinado de Herodes, de las provincias orientales y de los diversos Estados aliados ó tributarios del Imperio.¹

Augusto había recibido del Senado, por diez años, la renovación de su mandato imperial. El acaba de cerrar el lustro (746). El habla empadronado á los ciudadanos romanos, aun en las ciudades que tenían el derecho de ciudadanía como Antioquia, Beryta en Siria y Tarso en Cilicia. Por la tercera vez, las puertas del templo de Jano habían sido cerradas. Jamás, en el Imperio, la paz había sido más completa y universal. El señor del mundo la empleó con provecho; hizo su inventario, como un simple propietario opulento; y como un arrendatario

¹ Véase el Apéndice A: *Cronología general de la vida de Jesús*, § 1º *El empadronamiento de Quirino*.